

EN IMPORTANTE PEREGRINACION ACOMPAÑO EL PUEBLO LOS AMADOS DESPOJOS DEL CAUDILLO.

Heraldo de Cuba, junio 20/921

DIEZ de la mañana. En el Prado. Desde Trocadero hasta más allá de Refugio se extiende la fila florida y fastuosa de las coronas, colocadas en sus tripodes. Toda la Habana refluye hacia aquel rincón de la ciudad. Es un espectáculo de suprema emoción. El pueblo contempla asombrado las coronas enormes. La brisa agita las bandas moradas, y en todas se lee el nombre venerado del general Gómez junto a una frase de homenaje y de emoción.

Cada vez se hace más densa la ola humana. A la casa doliente llegan continuamente personalidades y comisiones.

Pero el jubileo máximo es ante el espectáculo de las coronas. Desde las doce las aceras del Prado están ocupadas por una enorme multitud, callada y respetuosa.

EL TRAFICO POR PRADO SUSPENDIDO

Por la Avenida de Martí no se puede dar un paso. El Jefe de Policía dictó, a las doce, la orden de suspender el tráfico para evitar desgracias.

Inmediatamente como "pendat" a esta orden se estableció un nuevo cordón de orden.

A las dos de la tarde el público se agita lleno de curiosidad. Redobles, cornetas. Son las tropas que formarán en el cortejo que llegan.

Comandantes y capitanes marchan a la cabeza con el sable desnudo. Un sargento lleva la bandera verde de su respectivo regimiento. Y la enseña nacional a la que se prende un negro crespón cruza altiva y magnífica, saludada por todos.

LAS ULTIMAS HORAS.—DE SEIS DE LA MAÑANA HASTA LAS TRES DE LA TARDE EN LA CASA DEL GENERAL J. M. GOMEZ

Noche de velorio, larga, plena de tristeza. Sobre los soportes de bronce yace el sarcófago. Toda la Habana desfila junto a la gran caja de bronce. Los ojos buscan, con ansia, con gravedad, con religiosidad, el plácido rostro dormido.

Cuando el sábado a las diez, comenzó la "veille" la faz del caudillo, tranquila—símbolo de la paz y de la serenidad—era de un suave tono pálido. Los embalsamadores americanos utilizan el formol con notable acierto y manipulan espléndidamente las inyecciones de agua de mar.

Ayer, a las dos de la tarde, había variado la coloración del rostro. El matiz de marfil suave se había convertido en un color rotundo de cera amarilla con estrías verdes.

Las dos menos cuarto. Se da la orden de no permitir la entrada en la casa a nadie más. Pero, no obstante, coches y automóviles siguen desembarcando frente a la blanca casa, figuras insignes de la política, presidentes de corporaciones, magistrados ilustres, directores de banco, jefes de industria.

Y las últimas guardias comienzan. Todos los amigos, todos los devotos del héroe epónimo, del vencedor de Arroyo Blanco, desean rendir este postrer tributo. Se halló una fórmula para que todos pusteran junto al féretro esta manifestación: se turnaban las guardias con suprema rapidez. Pero la primera de las últimas guardias, con-

vocó junto al sarcófago tres hombres honor de Cuba, tres maestros de energía y de fe, tres símbolos ardientes del más puro patriotismo: Manuel Sanguily, Orestes Ferrara, Carlos Mendieta. Con ellos estaba el hijo del general. Y en esta guardia de honor y de gloria aparecía también un devoto del general Gómez, la figura ruda y fuerte de Baldomero Acosta.

Todos los que pasaban junto al doctor Orestes Ferrara, se acercaban a él, tendían su mano, con apresuramiento y emoción.

Casi todas las comisiones, los representantes de corporaciones, las figuras eminentes de la política, de la cátedra, de la magistratura, llegaban en seguida junto a Ferrara apretándole cordialmente la mano, o abrazándolo con renovado afecto.

Y continuaron las últimas guardias. Se turnaban cada minuto. A la primera anotada, siguen:

General Eduardo Guzmán, don Marcial Hernández, general Montero, general Rafael Montalvo, doctor Juan Gronlier, señor Aquilino Lombard, general Carlos Guas, Francisco C. Castañeda, Pedro Jiménez, José Ramón Egües, generales Pedro Díaz y López Recio, doctor Viriato Gutiérrez, Ricardo Pareja, Juan M. Menocal, Manuel Delgado, Juan E. Ducase, Honorato del Castillo, Ignacio Remírez, Ignacio B. Pérez, Pedro I. Pérez, doctor Fernando Ortiz, Dr. Jesús María Barraqué, doctor Enrique Roig, Rogelio Santos, doctor Dámaso Pasalodos, doctor Juan Mencía, doctor Octavio Diviño, doctor Alberdi, Leopoldo Ramos Parets, doctor Roberto Méndez Pefiate, doctor Hermigio González, Rafael Jiménez, Julio Domínguez, general Loynaz del Castillo, Gonzalo Freyre, Rogelio Santamaría, general Gerardo Machado, doctor Manuel Gutiérrez, doctor Erasmo Regüíferos, Rodrigo Fuentes, doc-



tor Sánchez Fuentes, coronel Martínez Infrú, doctor Verdeja, doctor Dolz, José López Oliva, Carlos Govea, García Benizares, doctor Matías Duque, doctor Duque Heredia, doctor Jiménez Lanier, doctor Máximo Gómez.

EL ULTIMO RESPONSO

Tres menos diez. Se cantará el último responso. Casi todas las personas que estaban en el edificio refluyen hacia la capilla. Allí en el pequeño altar están las prosas litúrgicas, los cuadros dorados que ostentan fragmentos de antifonario y muestran sus grandes letras góticas de misal.

Por la mañana, muy temprano, la religión ante ese altar desenvolvió sus teorías de misericordia, de consuelo y de esperanza.

Esas misas tendieron sobre el dolor inmenso de la noble familia un dulce apaciguamiento.

Luego la hostia tomada en esta ocasión fué para los atribulados familiares, máximo consuelo y sosiego.

¡Ah, doña América la virtuosa y el hijo que sacudiera la admiración a todos cuando en 1917 rechazó la libertad para seguir acompañando en el cautiverio a su padre, y las hijas, hermosas y buenas, que acariciaban maquinalmente los cabellos de sus pequeñuelos, de los dulces nietecitos del General, que contemplan con asombro infantil este misterio y esta tragedia desgarradora.

—Abuelito no vendrá. Está en el cielo, mi hijito.

La dulce madre quiso tejer la quimera que rozara la frente del nietecito. Pero las lágrimas brotaron ardientes, como de una fuente interminable.

Y la imaginación del pequeñuelo, miraba asombrado a su madre. No comprendía que estando "abuelito" en el cielo ella llorase. Ellos irían a ver al abuelo, allá arriba, junto a Papá Dios. ¿Verdad mamaita? Y la pobre madre, aniquilada, sin fuerzas, pareció traer desde muy lejos una sonrisa fugitiva que rozó, como una ola de fantasía y de milagro, sus labios.

Ahora, a las tres menos cuarto, es el último responso. Monseñor Emilio Fernández dijo las frases bíblicas. Rezó con unción la oración de los muertos. Luego con el hisopo en la mano tuvo el gesto de paz, de misericordia, de gracia.

Miguel Mariano cerró en seguida la tapá del féretro. En la capilla hay un implacable olor a cera y a flor. Las velas gotean sus chorros lentos formando pequeñas pirámides blancas sobre los blandones.

Desde lo alto de la casa vienen ecos de gemidos, de dolor y desconsuelo. El doctor Miguel Mariano Gómez, ante el estado de pesadumbre en que se encuentra la señora América Arias viuda de Gómez, ¡oh, la agonía del General en el hotel; el velorio en aquel decorado; luego el viaje larguísimo, por la

Florida, con su muerto querido, descendiendo todos los días el vagón fúnebre para estar con él, para rezar devotamente junto al féretro—y también sus hermanas, y para evitar que el último acto, definitivo y desgarrador, de llevarse de la casa al finado ocasionara escenas de punzante dolor, rogó a ellas que no bajarán y se recogieran en sus habitaciones.

Muchas familias le acompañaron en este trance con dulce piedad. Es en la habitación de doña América. En la pared un Crucificado, parece ofrecerse en sacrificio por los pecados de los hombres. Su cabeza cae sobre el pecho flaquísimo, hundido. Frente a la dulce imagen yace una mujer. Es un pobre fardo, doliente, sollozante. Sus labios oran incansables. Calda, derrumbada sobre un reclinatorio, sus ojos, agrandados, los párpados inyectados, fatigados, parecen buscar ávidamente la silueta ruda y fuerte. Dirigen miradas llenas de desconsuelo a una Imagen de la Virgen de la Caridad.

Reza... reza. De repente, viene de los lejos, la voz bronca del cañón. Y ella comprende. Es la salida del cortejo. Quiere erguirse en el reclinatorio. Pero los solícitos brotan de su garganta, la sacuden como un ser enfermo, la tiran, muda, triste, aniquilada sobre el reclinatorio.

En la capilla apagan las velas. Alguien desprende del testeto central la corona de Doña América.

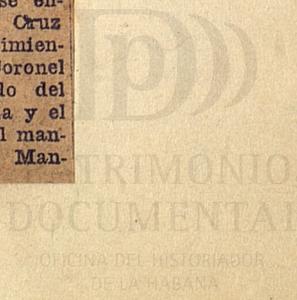
Y se acercaron al féretro los que lo cargaron en hombros hasta ponerlo en el armón de artillería. Fueron: el doctor Miguel Mariano Gómez, Julio Morales Coello, Carlos Obregón, Armando Gómez y Juan Bautista Gómez. Los dos ayudantes del general se unieron a este grupo: José Izquierdo y Domingo Macías.

EL CORTEJO.—SALIDA.—LAS TROPAS

Un agudo toque de clarín. El son de la corneta vibra claro y fuerte al través del aire ligero. Es un toque de atención. Y en seguida otro toque de "presenten armas." Los soldados levantan, con movimiento seco y rápido, el mausser. A todo lo largo de la avenida es un ruido idéntico de chasquido breve y de metal. Los dos mil soldados, con los talones juntos, presentan el arma.

LOS JEFES MILITARES

Al frente de las fuerzas del ejército que formaron en el sepelio se encontraban el Teniente Coronel Cruz Bustillo, al frente del Primer Regimiento de Infantería; el Teniente Coronel José González Valdés, al mando del Segundo Regimiento de Infantería y el Teniente Coronel Julio Aguado, al mando del Regimiento de Artillería. Man-



daba la caballería el comandante Evello Arteaga. Al frente de las fuerzas de la Marina Nacional, el Comandante Villegas.

Después una pausa. Y otra vez el clarín suena con tono lento, desmayado, triste. Y aparece el sarcófago que contiene los despojos mortales del general Gómez. Cargan el féretro fastuoso los Ayudantes del General Gómez. Ocho sargentos del Ejército auxilian en esta labor triste, Aurelio Sariago, Porfirio Famada, Naranjo, Pérez, Barros, Alfonso Ortega y Oscar Alemán.

Unos pasos breves, lentos... El sarcófago es colocado sobre el armón de arillería. Toda la multitud se descubre. Las respiraciones parecen detenerse. Los hombres miran adoloridos con los ojos secos. Más de veinte mil personas se apretujan a lo largo de Prado a Neptuno. No se escucha una voz. Los soldados, con movimientos lentos, aprietan, cifien las correas sobre el féretro. Un Ayudante del General Gómez, con manos temblorosas, tiende la bandera sobre la gran caja de bronce y nogal.

Sólo un ruido. Es un moscardóneo, un zumbido que viene de lo alto. Los aeroplanos, volando bajo, parecen contemplar la lúgubre escena, como pájaros milagrosos.

Una figura activa y fuerte aparece entre la comitiva oficial. Es el doctor Orestes Ferrara. Muchos concurrentes, sin poder contenerse se acercaron a nuestro querido Director abrazándolo con supremo afecto y emoción.

Ya está el sarcófago sobre el féretro. El Brigadier Alberto Herrera que manda las tropas ordena dos toques de corneta. Silencio; el clarín vibra; todos los soldados ponen el ribl sobre el hombro. Y en seguida otro toque, más vibrante, más decidido, que parece ordenar imperativamente. Es el toque de marcha. Los poderosos caballos que tiran del armón arrancan lentamente.

La infantería se alinea junto a los canteros del Prado. Bajo el ramaje pomposo de un árbol, entre Refugio y Trocadero, se agita la enseña nacional.

La caballería se extiende, con los grupos de sus brutos, junto a las casas. Se destacan de la línea cuatro comandantes. El Brigadier Herrera, al frente de su Estado Mayor, inicia la marcha.

Los caballos caminan lentamente. La banda del Sexto Distrito entonó la marcha fúnebre "Perdón", de Soufougo. En los metales las notas parecen apagarse. Es el simbolismo de la muerte realizado de manera desgarradora.

Aquellas armonías fúnebres parecen comentar un tema de dolor y de serenidad. Y sobre el concierto musical parece flotar la muerte, con su majestad y su grandeza.

El Brigadier Herrera y su Estado Mayor cruzan ante el armón. Al acercarse al féretro el sable desnudo que se apoya en el pecho se tiende en línea horizontal, saludo del honor militar a los mortales despojos.

Y en seguida las tropas comienzan su marcha. Son dos mil soldados. El kaki reluciente, las manos enguantadas de blanco, sostienen marcialmente el mausser sobre los hombres.

Van de cuatro en fondo y todos marcan perfectamente el paso. Las banderas verdes de los regimientos ostentan un negro crespón.

Luego una visión en blanco y negro. Es la infantería de marina demandada por el Comandante Rodolfo Villegas.

Los marinos visten de blanco. Sobre el cuello abundan su larga corbata negra. En la cabeza el gorrito casi infantil, que les da a los marinos aspecto de colegiales. Al frente de los marinos que se yerguen marcialmente sobre sus cortas botas de género amarilloso, marcha su banda.

El director, levanta su formidable bastón. En su pecho hombeado se entrecruzan galones y cordones negros. Es una silueta pintoresca. Y los músicos arrojan al viento compases lentos, tristes.

A lo largo de la Calzada de Galiano hay un espectáculo pintoresco. Allá, a lo lejos, llegando a Reina, se ven las filas de kaki como una larga serpiente amarilla. A esta visión se une ahora, en San Rafael Galliano, el tono blanco de la marinería.

Y otros colores, otras figuras y otros matices se agregan. Es el clero. Cuatro monaguillos con sobrepellices negros marchan al frente. Una figura, alta, fuerte, cubierta por estolas doradas; es Monseñor Emilio Fernández, Prelado Doméstico de Su Santidad. Le sigue el Padre Camarero, de la Compañía de Jesús, con la habitual sotana negra, sencilla, sencillísima, de los jesuitas. Y otros graves sacerdotes formaban en este acompañamiento. Eran padres carmelitas con su sayal franciscano y sus sandalias ermitañas.

Ahora, todas las cabezas se oscurecen. Y desde las azoteas, desde los balcones—lo mismo en San Rafael, en Galliano, en Reina, en Carlos III—cae incesantemente una lluvia de flores.

Es el armón que pasa.

Los caballos formidables caminan lentamente. Dos soldados van en la trasera del armón. Ocho sargentos le hacen guardia permanente a todo lo largo del trayecto. Y en dos hileras largas marcha un piquete de policía.

Muchas mujeres lloran. Una figura leve, delgada, va junto al féretro.

Es el hijo del Caudillo.

El doctor Ferrara marcha muy cerca de él. —Ferrara ahí, miradle. Este es el murmurar de miles de voces al paso de esta silueta llena de fuerza. Y en seguida un inmenso mar negro: la comitiva oficial.



LA COMITIVA OFICIAL

Hela aquí:

El general Demetrio Castillo Duany, en representación del Presidente de la República; el general Francisco Carrillo, Vicepresidente de la República; el doctor Santiago Verdeja, Presidente de la Cámara de Representantes; los hijos políticos del general Gómez, señores Julio Morales Coelho, Carlos Obregón y Manuel Mencía, así como los señores doctor Orestes Ferrara, coronel Carlos Mendieta, general Baldomero Acosta, doctor Dámaso Pasalodos, doctor Enrique Roig, doctor Clemente Vázquez Bello, doctor Roberto Méndez Peñate, doctor Jesús María Barraqué, coronel José D'Strampes, doctor Miguel Arango, doctor Juan M. Menocal, general Rafael Montalvo, general Zayas Bazán, José Izquierdo, general Carlos Machado, Benancio Millán, general Eliseo Figueroa, general Faustino Guerra, general Dionisio Arencibia, Ricardo Campo, don José M. Espinosa, general Freyre de Andrade, René Morales, Néstor Carbonell, José Pennino, general Emilio Núñez, José R. Chiner, doctor Eduardo Borrel, señor Pedro María Herrera, Juan A. Salvador Berenguer, general Generoso Campos Marquetti, Ramiro Cabrera, "Chico" Alvarez, general Loynaz del Castillo, Dr. Matías Duque, doctor Juan Mencía, coronel Luis Solano, doctor Felipe Gon-

zález San Pérez, Francisco Castañeda, Pablo Jiménez, Mario García Kohly, Federico de Torres, José Manuel Cortina, doctor José Rosado Aybar, Pablo Figueredo, doctor Carrera, doctor Ramón Zaydín, Gustavo González Beauville, general Ernesto Asbert, Gustavo Alberdi, doctor José Iñiguez, Faustino Angones, doctor Emilio Núñez Portuondo, don Marcelino Díaz de Villegas, Alcalde de la Habana, señor Modesto Morales Díaz, Director de "El Triunfo"; Don Marcial Hernández, Administrador-Gerente de HERALDO DE CUBA, y otras muchas personalidades que no podemos recordar.

EL PRESIDENTE INDISPUESTO

Por indisposición del Presidente de la República, fué designado por éste para que lo representara en este acto, el general Demetrio Castillo Duany, Secretario de Guerra y Marina, el cual asistió acompañado de sus dos ayudantes.

LOS SENADORES

El Presidente del Senado señor Aurelio Alvarez, no pudo asistir. Iban en la comitiva los siguientes señores: general Rodríguez Fuentes, doctor Ricar-

do Dolz, doctor Leopoldo Figueroa, Manuel Rivero, Manuel Martínez Moles, Juan Gualberto Gómez, Manuel Varona Suárez, Julio C. del Castillo, Guillermo Jones, Adolfo Silva, Félix del Prado, Daniel Compte, doctor Cosme de la Torre, Bravo Correoso y Vera Verdura.

LOS REPRESENTANTES

Casi todos los miembros de la Cámara de Representantes asistieron al sepelio. Recordamos los siguientes: general Carlos Guas, doctor Viriato Gutiérrez, doctor Pedro Herrera Sotolongo, Antonio Alentado, José R. Cano, José María de la Cuesta, Ramón Osuna, Rafael Martínez Alonso, José Esquivel, Lorenzo Fernández Herma, doctor Fernando Ortiz, Alfredo Hornedo, Ramón Vidal, Justo Luis Pozo, Licio Loras, Rafael Ubeda, doctor Enrique Mazas, capitán Rafael Alfonso, Carlos Machado, doctor Juan Gronlier, doctor Juan Espinosa, Aquilino Lombard, Juan Herdo, Rafael Martínez, comandante Enrique Recio, Vicente Alonso Ampudia, Modesto Maidique, Nick Adán, Luis Estrada, Amado Sigarreta, Rodolfo Socarras, doctor Luis Felipe Salazar, Francisco Menchero, doctor Duque de Heredia, Francisco Valhonrat, Ibrahim Consuegra, Ramón León, Bartolomé Sagoró, Vito Candia, Emilio Sardiñas, Vicente Alonso Puig, doctor Enrique Casuso, Armando Chardier, Antonio Pardo Suárez, Gonzalo Freyre y otros.

LOS SECRETARIOS DEL DESPACHO EL DR. MONTORO NO ASISTIO

Con excepción del Secretario de Estado doctor Montoro, que se hizo representar por el Subsecretario de Estado doctor Guillermo Patterson, alegando encontrarse indispueto asistieron los señores siguientes: señor Orlando Freyre, de Obras Públicas; doctor José María Collantes, de Agricultura; señor Francisco Martínez Luftrín, de Gobernación; doctor Erasmo Regleiferos, de Justicia; doctor Juan Guiteras, de Sanidad; doctor Francisco de Zayas, de Instrucción Pública; señor Sebastián Gelabert, de Hacienda y doctor José

Manuel Cortina, de la Presidencia. También asistieron los señores doctor Oscar Zayas, Subsecretario de Gobernación, señor Domingo Espino, de Agricultura; José Rodríguez y Acosta, de Hacienda, y doctor Manuel Gutiérrez, de Justicia.

EL TRIBUNAL SUPREMO

En representación del Tribunal Supremo asistieron al sepelio los Magistrados señores José M. Tapia, Angel Betancourt, Joaquín Demestre, Eduardo Azcárate, Ricardo Lancis, Pedro R. Rabell y Alberto Castro.

EL AYUNTAMIENTO DE LA HABANA EN PLENO

Presidido por el señor Agustín del Pino, Presidente de esa corporación asistió en pleno el Ayuntamiento de la Habana, recordando a los siguientes, Manuel Pereira, Juan Castellón, Félix Ayón, Miguel A. Cisneros, Narciso Morén, Buy de Lugo Viña, Ramón Wiltz, Manuel Martínez Peñalver, Roberto Azón, doctor Angel P. Fariña, Víctor Muñoz, Carlos Frayle, Carlos M. Vázquez, Manuel Silva, Pedro Pablo Soldevilla, Juan Fraga.

EL CONSEJO PROVINCIAL DE LA LA HABANA

Acompañado del Gobernador de la Provincia de la Habana, asistió al sepelio la representación del Consejo Provincial, integrada por su Presidente el señor Luis Betancourt y los consejeros, Ildafonso Morúa, comandante Mariano Robau, Antonio Ruiz, Pedro Urra, Andrés Salazar, Rodolfo Ariet, Santiago Valera. También asistieron los Gobernadores de Pinar del Río, Matanzas, Santa Clara, Camagüey y Oriente señores comandante Manuel Herryman, general Eduardo García, coronel Juan

Jiménez, Arturo Primelles y coronel Alfredo Lora.

OTRAS REPRESENTACIONES

Entre las numerosas representaciones que asistieron al sepelio recordamos las siguientes: Magistrados y Fiscales de la Audiencia, una muy nutrida de Veteranos de la Independencia presidida por el general Emilio Núñez, Presidente del Consejo; el Rector y Catedrático de la Universidad, Director de la Academia de Ciencias; Director y Catedrático del Instituto; Jefe de la Policía Nacional; Jefe de la Policía Secreta y Judicial; Capitán del Puerto; Presidente de la Comisión del Servicio Civil; Jueces de Primera Instancia, Instrucción y Correccionales; todos los miembros del Ejército y Policía Nacional franco del servicio; Oficiales del Ejército; Asociación de Emigrados Revolucionarios; Cruz Roja Cubana; Presidentes de Centros Regionales y numerosas comisiones particulares.

Por la Universidad asistieron los señores doctor Casuso, doctor Tamayo, doctor Gómez de la Maza, doctor Diago, doctor Lene, doctor Niquez, y doctor Carrera Jústiz.

LAS REPRESENTACIONES POLITICAS

Además de las representaciones oficiales que enviaron los Ejecutivos de los Partidos Liberal, Demócrata Nacionalista, Conservador y Popular, asistieron numerosas representaciones de Comités de Barrios, Vanguardias, Escuelas, Juventudes, Avanzadas, Aceras, etcétera.

Entre las representaciones que vimos recordamos una nutrida comisión del barrio de Paula, presidida por los señores Eligio Madan y Gregorio G. Pichardo.

Otra presidida por el señor Pérez Arco, del barrio de Ceiba, otra de Puentes Grandes por el señor Ceferino Soto, así como de los barrios de Santa Clara, San Isidro, Santo Angel, San Juan de Dios, Calvario, una del Templete presidida por Ponce de León y Juan de la Cruz, así como la representación de la Vanguardia de Jesús María presidida por el señor José Lara.

EL DECORADO FUNEBRE DE CARLOS III

La regia avenida de Carlos III, el soberbio paseo de nuestros abuelos, ofrecía un aspecto solemne. Sus edificios de corte antiguo se hallaban todos adornados con banderas abrazadas de luto y con negras franjas severas.

Desde Belascoain a la Calzada de Zapata, las fachadas ostentaban el severo decorado del dolor.

Algunos descollaban por sus artísticos cortinajes.

Así, el edificio de la Gran Logia, Carlos III y Santiago, mostraban severos adornos, y en sus balcones, como flores abiertas se veían numerosas damas presenciando el desfile de la fúnebre comitiva.

Al otro lado de la avenida se alzaba, enlutado, el palacio industrial de H. Upmann, y en sus largos balcones, los obreros de la fábrica semejaban un friso admirable.

Más adelante la casa del General Freyre de Andrade. Negros cortinajes decoraban la hermosa fachada. En los balcones distinguidas familias ven pasar el féretro del caudillo inolvidable.

Luego vimos el edificio ocupado por las oficinas del jardín "El Fénix", de los señores Carballo y Martín. Severos cortinajes de luto cubren el frente. A la derecha, hay una plataforma, y allí numerosas personas presenciaban el desfile.

La fábrica de tabacos Por Larrañaga, el Hospital Municipal Freire de Andrade, ponen también sobre sus fachadas, el adorno severo de la pena.

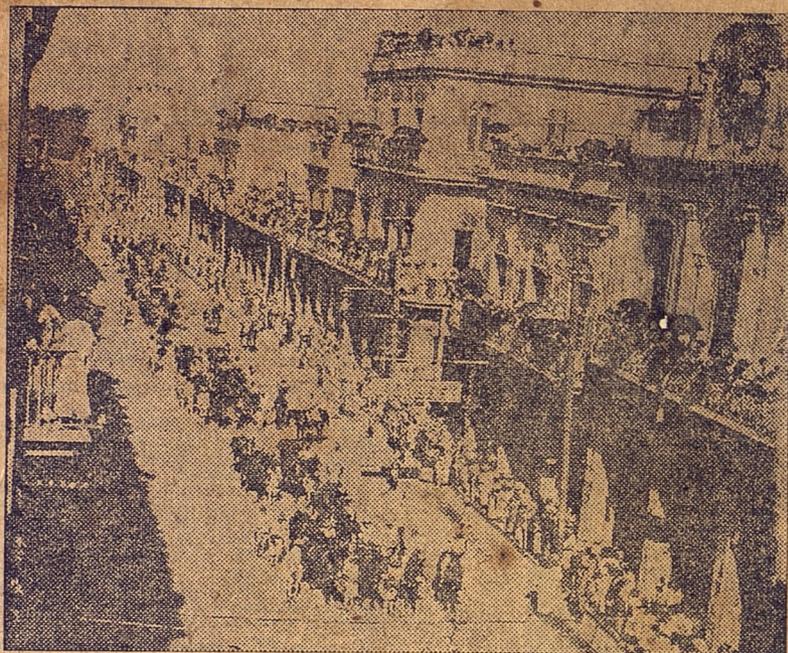
Pero, lo repetimos, toda la avenida muestra el mismo tono de luto. Los edificios comerciales y casi todos los particulares, ostentan banderas y negros crespones.

Y el pueblo se arremolina en las bocacalles y a lo largo de los portales, anhelando todos divisar el triste cortejo.

Desde temprano, las calles que atra-



h



La artillería de montaña desfilando por la Avenida de Simón Bolívar

viesan la calzada de Carlos Tercero; Santiago, San Carlos, Marqués González, Oquendo, Soledad, Franco, Subirana, Castillo, Arbol Seco, Espada, San Francisco e Infanta, se vieron completamente invadidas de público. Desde las 12 se paralizó el tráfico de vehículos por ellas.

MAS DE TRES HORAS DEJARON DE CIRCULAR LOS TRANVIAS

Por la enorme cantidad de personas, niños y mujeres en su mayor parte, que se situó sobre las paralelas, estuvieron más de tres horas paralizados los tranvías de la Línea del Príncipe.

Sobre el techo de esos tranvías se acomodaron infinidad de personas ávidas por no perder un solo detalle.

LA ALFOMBRA DE FLORES FRENTE AL "FENIX"

Religiosamente fué conservada intacta la alfombra que frente a su jardín tendieron con hermosas flores los señores Carballo y Martín. Los soldados que marchaban en el cortejo, delante del armón, dieron un rodeo para no pisarlas.

FLORES DE RECUERDO

Gran número de personas después de pasar el armón sobre la alfombra, recogieron las flores con el propósito de conservarlas como recuerdo de los funerales del ilustre caudillo desaparecido.

Muchas de esas flores conservaban las huellas del armón y al ser recogidas fueron besadas reverentemente.

MAS ALLA DE CARLOS III.—EL CASTILLO DEL PRINCIPE, ATALAYA PRODIGIOSA LLEGANDO AL CEMENTERIO. EL PARADERO DE LOS TRANVIAS DEL PRINCIPE.

En el paradero de los tranvías del Príncipe, fueron tomados por asalto los carros que allí tiene depositados la Compañía, y desde lo alto de sus techos presenciaron el desfile innumerables personas.

EL JARDIN BOTANICO

Las rejas del Jardín Botánico de la Universidad Nacional, situados en uno de los cuartones de la Quinta de los Molinos sirvieron de atalaya a los que no se conformaban con ver desde las aceras el paso de la comitiva fúnebre.

GRANDIOSO ESPECTACULO

Pasada la calzada de Infanta asumió grandiosos caracteres el cortejo fúnebre, porque el pueblo se asoció con todo entusiasmo al acto integrando en formidables núcleos el grueso de la comitiva, que a pié marchaba por la parte central de la amplia Avenida de la Independencia.

Cuando se llegó a la calzada de Zapata ya no había espectadores, pues el pueblo en masa formaba parte de aquella magnífica manifestación de duelo.

EN EL CASTILLO DEL PRINCIPE

El deseo que nuestro pueblo sentía por hacer patente sus muestras de dolor por la muerte de una de las más fuertes columnas de la nacionalidad cubana, se demuestra en las molestias

IPD
PATRIMONIO DOCUMENTAL
ORIGINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

que ayer sufrió pacientemente esperando bajo los ardores de un sol africano, el paso del armón que conducía los venerables restos.

Y esto que decimos lo probaron los que durante largas horas resistieron en las faldas del Castillo del Príncipe, los rigores de un abrasador mediodía.

Las laderas del promontorio en que tiene su base el Presidio Departamental, estaban completamente cubiertas por una inmensa muchedumbre que religiosamente se descubrió al avistar la llegada del fúnebre armón.

Al borde de la calzada, al pie mismo del Presidio, se situaron gran número de automóviles. Desde esas máquinas bellas manos femeninas arrojaron sobre el armón gran cantidad de flores.

UN ARCO

El Comité Liberal del Barrio del Príncipe hizo construir en la calzada de Zapata, en el límite mismo del Vedado y la Habana, un arco que fué enresponado artísticamente y desde cuyo alto distinguidas damitas de aquel suburbio habanero, dejaron caer sobre el féretro profusión de flores.

EL EJERCITO HIZO ALTO AL BORDE DE LA CALZADA FRENTE A LA NECROPOLIS

En perfecto orden fueron alineándose las fuerzas del Ejército al borde derecho de la calzada de Zapata, con objeto de rendir los póstumos honores al cadáver del desaparecido patriota.

LAS BANDAS DE MUSICA

Todas las bandas de música que formaron en el cortejo fúnebre, se alinearon a continuación de las fuerzas del Ejército.

LA BATERIA DE SALVAS

A la derecha de la puerta de entrada de la Necrópolis, se situó la batería de artillería ligera que había de hacer las salvas de ordenanza cuando el féretro fuera colocado en la fosa.

EN EL CEMENTERIO.—LA DEVOCION POPULAR. EL ALMUERZO ENTRE LOS SEPULCROS. LA TUMBA DEL GENERAL GOMEZ.

y de azul bastan para el decorado. Es una mañana llena de luz. Pero el calor asfixia, aplasta los cuellos postizos, arruga los driles fulgurantes. Dos lugares en la ciudad tienen una suprema palpitación de fervor, de vida. El Prado y el Cementerio. A lo largo de la cuadra de Trocadero a Refugio se apretuja una densa muchedumbre. Es que el pueblo acude a contemplar en la capilla ardiente, por última vez, el rostro sereno y plácido del general Gómez. El roble ha caído. Aquel cerebro hace días diez funcionaba con un equilibrio todo hecho de ponderación y de lucidez. Aquella voluntad, señalaba a un político eminente, las rutas de fraternidad, de armonía y de paz. La muerte lo venció en el decorado de un hotel neoyorkino, en una habitación de lujo banal, entre un chiffonier, una Biblia vieja y una estufa.

Pero otra grave parte de la ciudad fluye hacia el Cementerio. Son las diez de la mañana. Todavía faltan largas horas para la celebración del entierro. Una gran multitud, en tranvías, en automóviles llega al Camposanto. Los puestos de los floreros son vaciados. Se compran los ramilletes. Una viejecita adquiere una rosa. Mete los dedos rugosos, sarmentosos en la falda negra cubierta de polvo. Extrae una cartera de cuero. Es una de esas carteritas que regalan las tiendas, las fábricas de la guer. Los dedos garfiudos van cogiendo los centavos. Y luego paga su rosa, y echa a andar en dirección del Cementerio. Cruza bajo el pórtico. Sigue avanzando. He aquí el panteón del general Gómez. El ángel de bronce levanta su silueta de serenidad, de majestad, de gloria bajo el esplendor azul de la mañana. La piedra negra del panteón tiene reflejos sombríos. La multitud penetra en la cripta. Hombres, mujeres, llevan flores en la mano. Y cada uno, con veneración, respeto y emoción pone cuidadosamente su flor bajo la losa donde dormirá el general Gómez su sueño de inmortal. La viejecita imita a los demás. Baja a la cripta. La muerte parece llamarla. Agitada, asfixiada por su esclerosis, tras cada gesto la pobre figura vacila, tropieza. Y al fin pone con todo cuidado su bella flor en un lugar de la tumba. La ciudad de los muertos está llena por una multitud reverente. Todo el mundo quiere ver el entierro. Es a la vez, en muchos aspectos, un espectáculo pintoresco. Familias acomodadas, señoras de dulce hogar, burguesas afables y pacíficas, llegan al Cementerio remolcando

otros parientes. Las madres—muchos jóvenes y encantadas—conducen de la mano a sus pequeñuelos. Hay hasta mamás locas e imprudentes. Porque entre la negra ruca de los cipreses del Cementerio vimos algunas señoras con niñitos de meses en los brazos. Y pensando en las inevitables aglomeraciones, en el calor, en el apretujamiento, uno siente ante esta imprudencia, un escalofrío. Y sigue llegando gente a la necrópolis. Unos vienen a depositar, desde ahora, flores en la tumba. Otros —los más— a ocupar y conquistar sitio para ver los funerales.

Y he aquí algo imprevisto. Sobre una tumba está reunida una familia decente, seguramente de posición desahogada. El padre es un caballero alto, fuerte, serio. Su esposa, una mujercita bella y delgada, tiene gestos equisitos de ternura y de gracia, cuando, de un solo golpe arregla la corbata de sus dos hijos, dos adolescentes rubios, vivos que parecen acabados de bajar de un pastel de Whistler. La linda mamá abre un cesto de mimbre. Extrae varios variados sandwiches. Sus manos, luego, toman un termo, que reluce bajo el sol como una bala fulgurante abandonada en la fuga de un ejército de opereta. Los muchachos cojen del cesto unos vasos. Del termo cae preparado y endulzado un espléndido café con leche. Y el cronista



piensa en aquel restaurant automático de Broadway, en aquel chorro fantástico de café con leche que brotaba de una asfita y se detenía con mesura y método en el momento preciso.

EL ENTIERRO LLEGA AL CEMENTERIO.—EL DR. ORESTES FERRARA SOBRE EL ARMON DESPIEDE EL DUELO. MIGUEL MARIANO ABRAZA LA CAJA. LA CORONA DE DOÑA AMERICA.

Cuando el cortejo llegó al Cementerio de Colón, ya el sol apagaba su refulgencia de oro. En San Fafael y Galiano, la comitiva terminó la caminata. Todos se lanzaron en busca de coches y automóviles. Cuando el armón llegó a Carlos III, la inmensa muchedumbre que se apretaba formidablemente a todo lo largo de la Calzada de la Reina, se separó, se desperdigó. Muchos se unieron al cortejo y siguieron viaje hasta el Cementerio.

En San Rafael y Galiano fué durante un momento un terrible torbellino. El pueblo se adelantó a la comitiva oficial. Allí parecieron depurarse y magnificarse los fervores populares. Los faroles del alumbrado encendidos, el tañido lúgubre de las campanas, las flores cayendo sobre el féretro en lluvia interminable, parecían arrancar a cada corazón su canción doliente.

Son las cinco y media. El armón llega al Cementerio. Las tropas forman a lo largo de la Calzada de Zapata. La batería ligera para las salvas de ordenanza se coloca en lugar estratégico. Y penetran en la Necrópolis los quince carros de la funeraria de Vega Flores, la carroza de Casa, va, con las coronas del HERALDO DE CUBA y del Alcalde, concejales y policías de Santa Clara.

Bajo el alto paredón que ostenta el "janus in pacis" y se corona con las figuras graves y melancólicas de las virtudes, cruza lento, muy lento, el armón.

El Clero avanza para recibir el cadáver. El señor Obispo de la Habana, Monseñor Pedro González Estrada, con su sotana color violeta y sus vestiduras camina al frente. El gesto suave y evangélico de su diestra en que brilla la amatista episcopal es de paz y de bendición.

Cuatro acólitos de los Dominicos agitan sus incensarios. He aquí el armón en la capilla levantada anexa al panteón.

Todos los corazones dejan escapar sus dolientes suspiros. Las altas ruedas negras de los cipreses parecen gemir en la tarde desconsolada. Las voces de los cantores sagrados, en tonos, los tercetos formidables de la prosa de difuntos. Y el "Dies Irae" esa concepción lúgubre y embriagadora ese ensueño de un monje delirante, de un padre del yermo suscitada de infiernos crueles, resonó entre las tumbas como una tempestad, como el himno espantoso de los corazones roídos por los misterios, las tinieblas y los horrores de la muerte.

"Mors stupebit et natura
Quum resurget creatura
Judicanti responsura".

EL DR. FERRARA HABLA

Callaron las voces lúgubres. El Obispo, con el hisopo asperjó el ataud. El silencio se hizo aún más definitivo.

Al través de los cipreses parecen rodar gemidos de sombras. En torno del sepulcro crecen lianas trepadoras. Desde lo alto dejan caer sus hojas desmayadas como la barba luenga de un dios de muerte. El doctor Oreste Ferrara va a despedir el duelo. Sube sobre el armón. En los tintes lividos de la tarde se destaca su rostro pálido, sus labios tallados para la elocuencia, su frente muy blanca, alta y poderosa.

Es una silueta plena de fuerza. Se advierte que el dolor la roe, la satura y se encarniza contra su espíritu.

Pero el alma formidable de Ferrara, gistrados hasta los ciudadanos más humildes.

Aligidos y tristes, los deudos del iustre desaparecido desean que por mis labios, autorizados para tan alto honor solo por la fidelidad, la devoción y el afecto que consagré continua e inquebrantablemente al insigne hombre a quien hemos acompañado a su última morada, sean dadas las gracias a todos, a las autoridades y al pueblo que tan noblemente han contribuido a esta magnífica apoteosis, digno epílogo de una existencia consagrada por entera, desde los días de su juventud hasta sus posteriores instantes, a los altos intereses y glorias de la patria.

La vida del General Gómez fué, en verdad, un apostolado. Apenas adolescente puso su corazón al servicio de Cuba, ligó su vida con la vida de la patria, unió los ideales de su naturaleza entusiasta, todavía en formación, con los ideales de la tierra que le vio nacer. Luchó denodadamente en los libres campos en momentos en que otros ni siquiera sospechaban que allí pudiera servirse a elevadas concepciones del espíritu, a nobles ensueños, a arcanos que sacuden el alma, a utopías del presente que eran realidades del porvenir. Sorprendido por una paz honrosa pero no triunfante, esperó el día del desquite; ya en plena virilidad, abandonando las dulzuras de un hogar noble y afectuosamente creado, volvió de nuevo a la lucha, dándole a la vez que su brazo robusto su poderoso cerebro, y tubo la fortuna de contemplar la brillante aurora en que las campanas anunciaron la independencia de la patria. Era en esos instantes Mayor General de nuestro Ejército Libertador.

La paz fué para él campo de fecunda actividad como lo había sido la guerra. En íntimo contacto con su pueblo no desmintió como gobernante sus ideales de soldado de la independencia. Demócrata, respetó todos los derechos; elevado en la ejecución de sus principios, fruto de una mente equilibrada y serena, bajó del poder del mismo modo que había ascendido a la primera magistratura de la Nación.

Y más tarde, cuando acontecimientos que ahora no necesitamos recordar y que esperamos no se recuerden nunca,



Solemne instante en que era sacado el féretro que contenía los restos del Caudillo

sellando así la unión de todos los cubanos en holocausto a su memoria, le llamaron a defender los derechos populares que juzgó hollados, ofreció nuevamente su brazo y su cerebro, uniendo como en su primera juventud los ideales de su patriótica y fértil imaginación con su vida misma.

Ciudadanos, esta es hora en que la palabra no tiene medios adecuados para expresar dignamente la corriente de las ideas ni la fuerza de los sentimientos que nos agitan; el silencio doloroso expresa con más exactitud nuestras emociones. Más que todas las palabras son elocuentes las lágrimas de nuestras mujeres, la contracción de los rostros de nuestros vigorosos guerreros.

Hay una gloria mayor que la que brinda la Historia, más grande que la otorgan los contemporáneos—que una y otra pueden a las veces no ser justas—y es la que surgen del vehemente deseo de todo un pueblo de que un gran conciudadano siga viviendo después que la chispa vital se apagó en sus ojos. Esta gloria es la que hoy rodea ese sepulcro. Reverenciamos ese cadáver, bajemos todos la cerviz, desde el más alto hasta el más humilde, ante esta tumba que se cierra sobre los restos mortales del gran cubano, que se cierra—permítame la frase—sobre el símbolo de la Libertad de Cuba.

EL ULTIMO MOMENTO

Las últimas palabras, henchidas de elocuencia, plenas de emoción, de Orestes Ferrara, parecen quedar y vivir como el signo espléndido de una lección de energía y de fe. La Historia comenzaba a burilar con su estilo agudo, sobre sus tabletas eternas, el nombre inmortal.

Es el instante lúgubre y desgarrador. La cripta está abierta. Los obreros amarran con sólidas cuerdas el ataúd.

Sólo están dentro del Panteón Miguel Mariano Gómez, Manuel Mencia, Carlos Obregón, Julio Morales Coello y José Pennino.

El corneta de órdenes toca silencio. Es un son large, arrastrado, doliente. En la tarde color de oro pálido, entre las verduras, los cipreses erectos, los sepulcros pomposos y las cruces humildes clavadas en la tierra, este sonido pare-

ce aún más el mortal agobio, no se rinde.

Y él, solo él, desde este armón, podía hacer el panegírico sobrio y emocionado del gran caudillo desaparecido.

Silencio. Es un silencio de muerte, de orresión. El ataúd está al borde del sepulcro.

Y Orestes Ferrara, dice así:

“La familia del General José Miguel Gómez agradece profundamente esta manifestación universal de un duelo en que los corazones de toda la nación palpitan al unisono con los suyos; desde la piadosa y buena doña América hasta los nietecitos que en su pura y santa

10

111

inocencia no pueden darse cuenta cabal de la espantosa desventura que se cierne sobre el hogar en que nacieron, pero que comprenderán mañana, cuando los anales de la patria historia haga constar con nobles y sentidas palabras la importancia de este acto en que se ven confundidos, desde los más altos hace convocar los espectros y las sombras. Todos estos hombres abrazan la caja de bronce. Y por sus rostros pálidos y varoniles ruedan lágrimas de amor; lágrimas sagradas; lágrimas de hombres.

Son las cinco y cuarenta. El clarín apaga su trágica convocatoria.

El cañón truena. Su voz ruda y bronca, salta sobre las tumbas, sobre los campos, las ciudades y parece ir allá, a los rincones abruptos de las Villas, a los picachos montañosos, a despertar en la manigua heroica, los jinetes de Canamabo, la caballería de Arroyo Blanco. La fusilería crepita. Tres descargas. Y cuando aún no se ha apagado el eco de las descargas, otro ruido más sordo, más lúgubre, más espeluznante. Es la tierra que empieza a caer sobre el féretro. Y esta tierra que rueda sobre la caja parece caer con ruido de espanto y de horror, sobre cada corazón.

Y a las seis menos diez se cerró la losa del sepulcro.

Sólo una corona fué puesta en la tumba: la de doña América la virtuosa. Con las otras—más de mil quinientas—se formó una inmensa montaña colorinada de flores. Rosas rojas, blancas, amarillas. Era el perfume del alma de la patria sobre esta tumba que guarda tanto heroísmo y tanta gloria.

Y allá quedó el cadáver. Cayó la losa. Se cerró la cripta. Y esta losa parecía estar sobre el símbolo mismo, ardiente, glorioso, magnífico, de la patria.

LA CIUDAD MUERTA

Un detalle. Algo que golpeaba la imaginación con fuerza. Era el aspecto de las calles habaneras apartadas del itinerario del cortejo. Dijéranse las calles de una ciudad muerta. Ni el grito estridente de un chiquillo, ni el pregón agudo de un vendedor, ni un rostro de mujer en una ventana, ni un perro, paseando su aburrimiento y su hambre.

Todo refluó hacia Prado, San Rafael, Galiano, Reina, Carlos III, la Calzada de Zapata, el Cementerio.

Solo latía—y con qué fuerza, con qué emoción!—la arteria de una ciudad. Sobre esta vena aorta de la capital, rodó toda la sangre.

Y estas calles muertas, con sus balcones enlutados, sus puertas cerradas, sus ventanas ornadas por crespones, parecían aumentar la tristeza, la desolación de la Habana.

Prado de Cuba
Junio 20/21